



Lectio Divina

27º Domingo - Año C. T. O. (Lc 17,5-10)

Juan José Bartolomé, sdb

¿Cómo es nuestra fe? Este es el cuestionamiento que nos hace el Señor en este XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, en el ciclo 'C' que hemos vivido. Jesús hoy nos quiere instruir sobre el enorme poder que tiene el hombre que confía en Dios.

La fe, nos dice Jesús a través de esta parábola, es capaz de realizar lo imposible. Las imágenes que empleó Jesús son muy fuertes. Él quiere que entendamos que creer es estar atento y obediente a Dios y a lo que Él quiere que hagamos. La fuerza del creyente reside en una obediencia total a su dueño.

Quien cree en Dios hasta poder hacer su voluntad, sin esperar recompensas debidas, propicia un clima de fe que se alimenta de lo pequeño, siendo capaz de mover montañas. ¿Vivimos esa fe y la compartimos?

SEGUIMIENTO:

- 5. En aquel tiempo, los apóstoles le pidieron al Señor: «Auméntanos la fe.»**
- 6. El Señor contestó: «Si tuvieran fe como un granito de mostaza, dirían a ese árbol: "Arráncate de raíz y plántate en el mar." Y él les obedecería.**
- 7. Supongan que un criado suyo trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de ustedes le dice: "En seguida, ven y ponte a la mesa"?**
- 8. ¿No le dirían: "Prepárame de cenar, cíñete y sírreme mientras yo como y bebo, y después comerás y beberás tú"?**
- 9. ¿Tienen que estar agradecidos con el criado porque ha hecho lo mandado?**
- 10. Lo mismo ustedes: Cuando hayan hecho todo lo mandado, digan: "Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer."**

LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice

El texto pertenece a una breve instrucción de Jesús sobre la vida. La dirige a los apóstoles (Lc 17,1); les ha advertido que no escandalicen a los hermanos más débiles (Lc 17,1-3a) y les ha exhortado a perdonar sin límite a quienes los hayan ofendido (Lc 17,3b-4).

Es precisamente esta imposición del perdón fraterno lo que provoca en los apóstoles el deseo de tener más fe.

Frente a una exigencia tan poco lógica, tan exorbitada (¿Se tiene que perdonar al que ha pecado siete veces en un solo día, si pide perdón otras tantas veces?). Esto hace comprensible que los apóstoles reconozcan que les costará hacerlo y que les falta la fe para poder vivir esa actitud (Lc 17,5).

Perdonar al ofensor que pide perdón exige confianza y siempre parece mayor la ofensa que la capacidad de confiar en él.

Hay que advertir la 'novedad' del concepto de fe que subyace a la petición apostólica del ofendido que cree en Dios y logra perdonar a su ofensor.

La respuesta de Jesús pasa por alto esta concepción del perdón, como ejercicio de fe; se centra en la fuerza de la fe, no en sus efectos.

Jesús ha acertado con pocas palabras, a crear una poderosa comparación que se asemeje a lo que está queriendo decirles.

¿Bastaría a la fe tener el tamaño de una de las más pequeñas semillas, para trasplantar árboles en el mar? Sólo con un mínimo de fe se logra lo imposible (Lc 17,6).

Para dar fundamento y explicar esta semejanza recurre a otro más elaborado, pero que no se aviene muy bien al tema de fe; pues no habla, expresamente, de creer, poco o mucho, sino de servir siempre (Lc 17,7-10).

El siervo, incluso cuando hace lo que se le ha mandado, no logra verse libre de seguir sirviendo a su amo. A servicio cumplido, no sigue recompensa completa, sino nuevas órdenes que cumplir. El amo no tiene que agradecer por ser servido siempre y en primer lugar.

Para captar el sentido de la parábola, hay que tener en cuenta, además de su motivo, la extraordinaria potencia de una mínima fe y lo que tiene que ser y hacer el protagonista, el criado que ha de servir sin esperar reconocimiento ni salario.

Cuando haga todo lo que se pide de él, y aquí, en concreto, cuando perdone al hermano que pone a prueba la fe personal, no dejará de ser lo que es, un pobre siervo que hace lo que tiene que hacer.

Así entendida la catequesis de Jesús, indica que para vivir en común, hay que estar dispuesto a perdonar siempre; el perdón que tenemos que dar a nuestro prójimo, requiere siempre más fe. Ésta ha sido verdadera cuando se traduce en servicio. Jesús no nos tiene que dar las gracias cuando hacemos lo que nos manda, porque somos sus siervos.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

¿No es de llamar la atención que un día los apóstoles le pidieran a Jesús que les aumentara la fe? ¿Cómo es posible que quienes habían dejado todo por seguirle, reconocieran de repente, que todavía no creían lo suficiente en su Señor?

Esos hombres compartían vida y suerte con Jesús, lo escuchaban con frecuencia, le obedecían, pero se dieron cuenta que no tenían la fe necesaria como para ser sus discípulos.

- **Ese puede ser nuestro caso – si nos decimos ‘fieles discípulos’, tenemos que ser mejores creyentes. ¿Qué supone eso para nosotros? ¿Cómo es nuestra fe?**

Los apóstoles descubrieron que tenían poca fe cuando escucharon que debían perdonar al hermano que les ofendía, no solo ‘siete veces al día’, sino muchas más (Lc. 17,4). Se dieron cuenta que no confiaban lo suficiente en el Señor, porque sintieron que lo que les pedía, era mucho... el perdón que Él quería que supieran dar era mucho mayor que la fe que creían tener.

Sin embargo, aunque ella era escasa, fue aleccionador que no se apartaron de su Maestro ni por un momento; fueron capaces de seguirle aunque no le creían del todo y le pidieron que aumentara la confianza que le tenían para ser mejores creyentes. La razón que les llevó a comprobar que no eran tan buenos, fue que no podían perdonar. No abandonaron a su Señor con la excusa de que ya no se fiaban de Él; se quedaron en su compañía y le rogaron acrecentara su fe.

- **¡Qué lección tan grande para todos! En esta parábola el Señor nos está diciendo que aprendamos a perdonar al hermano; que el perdón es un ejercicio de fe en Dios. Quien nos haya ofendido puede no merecerse el perdón, pero Dios se merece siempre nuestra confianza. ¿Entendemos lo que el Señor nos está pidiendo?**

Podremos perdonar no si nos reconocemos ofendidos, sino si nos ponemos en manos de Dios. Si confiamos en Él, será motivo de gozo para perdonar las ofensas que nos hayan hecho. No nos dejará faltar su poder, si sabemos perdonar a nuestro prójimo.

Los apóstoles aprendieron también que el ofendido debe su perdón no a su ofensor, sino a Dios. Perdonar es tarea de creyentes y la fe es relación de confianza en Dios. Si el ofensor tiene que pedir perdón al ofendido, le toca confiar en Dios y conceder el perdón que ya Dios le ha dado primero.

Es curioso – y consolador – que Jesús no se decepcionara de sus discípulos porque le confiesan su poca fe, pero sí les dijo que su reto era confiar en su palabra. Con una imagen audaz, les enseñó a fiarse más de la potencia de su fe, que en la debilidad constatada de su incredulidad. Con poca fe, les aseguró, podrían plantar árboles en la mar.

- **Nuestra incredulidad personal, la escasa fe que tenemos en Jesús y en su mensaje, no sería óbice para sentirnos enviados por Cristo a un mundo cada vez menos creyente. Jesús quiere convertirnos en sus apóstoles, a pesar**

de que somos hombres y mujeres de poca fe. Tengamos confianza en Él y seamos instrumentos de su perdón, que es lo mismo que decir: sepamos amar.

No hace falta ser un gran creyente, para ser un buen apóstol: basta con tener la fe suficiente para intentar lo imposible. Jesús no condena a sus discípulos por tener poca fe, sino que los animó a valorarla más, dándose cuenta de que podían ser capaces, aún con una fe escasa y limitada, porque confiar es dejarlo actuar y a mayor fe, Él podrá hacer más y más presente su amor.

- **¿Qué hemos logrado con la ayuda de Dios? ¿Valoramos lo que somos y podemos hacer si nos abandonamos más conscientemente en Dios y en lo que Él quiere que hagamos?**

Jesús se dejó acompañar por malos creyentes, por hombres de poca fe, pero los invitó a utilizar aún esa poca fe que tenían para colaborar con Él en la salvación del mundo. No se sorprendía de que quienes les seguían fueran incrédulos; pero sí que fueran apocados, pusilánimes, que no pusieran a trabajar esa poca fe que tenían.

- **Tener poca fe no es excusa válida para no intentar lo imposible como sembrar árboles en el mar. Si nos fiamos de Dios viviremos con Él y para Él, haciendo lo que espera que hagamos. ¿Qué le falta a nuestra fe para que sea como un grano de mostaza? ¿Por qué en nuestra vida escasean los milagros?**

A Jesús no le preocupaba que sus más allegados fueran pequeños creyentes, pero les exigió que su escasa fe fuera auténtica y le obedecieran. Utilizó una comparación para explicar a sus apóstoles qué tipo de fe esperaba de ellos.

- **Si el siervo no podía esperar recompensas haciendo lo que se le había mandado, nosotros no debemos ilusionarnos con tener esto y esto más, solo porque creemos que nos lo merecemos porque obedecemos a Dios. Esa puede ser la razón por la que nuestra vida de fe no nos llena de satisfacciones.**

Queremos que Dios premie nuestra vida y nuestro servicio, haciendo lo que nosotros queremos que haga en nuestras necesidades. ¿Pensamos que Él sabe bien que es lo que nos conviene más? ¿Creemos que nadie nos ama más que Él?

El siervo que regresa a casa de su amo tras haber cumplido su deber nos advierte Jesús, sigue siendo siervo. El mandato cumplido no le da derecho a esperar un premio. Quien debe obediencia total a su amo por su salario, no tiene por qué pedir reconocimientos. La paga del siervo es saber que su amo ve por él.

- **Si vivimos nuestra relación con Dios, como si tuviéramos que ganárnoslo a base de nuestro servicio, si le obedecemos únicamente porque esperamos que Él escuche nuestras peticiones, o si hacemos de nuestra vida una hoja de méritos para que Dios haga nuestra voluntad, no tenemos fe, ni poca ni mucha.**



III. ORAMOS nuestra vida desde este texto

Padre Dios,
Tú soportas nuestra poca fe,
pero no quieres que aún la poca que tenemos se acabe.

Hoy hemos sido advertidos por tu Hijo, Cristo Jesús,
como advirtió a sus apóstoles, cuando les dijo que no se fijaran si su fe era poca o mucha,
sino más bien, que valoraran tu presencia en sus vidas.

Que no confundamos los valores y nos fiemos de tu Palabra,
que es poderosa y actúa hoy, como actuó ayer.

Reconocemos nuestra pequeñez.
¡Aumenta nuestra fe!
La necesitamos y Tú lo sabes mejor que nosotros.

La intercesión de María, la Madre de Jesús y Madre nuestra,
nos ayude a creer en tu Plan Maravilloso
y a cooperar contigo en su realización,
como Ella lo hizo, aceptando vivir tu voluntad.

Amén.